



DISCURSO DEL RECTOR en el Acto de Apertura del Curso 2011-2012

Este es el primer acto de apertura de curso en el que no se encuentra entre nosotros de manera corporal nuestro fundador, el cardenal Agustín García-Gasco y Vicente, desde que el Señor lo llamó para sí, en Roma, junto al Santo Padre Benedicto XVI, con ocasión de haber acudido a la Beatificación de Juan Pablo II. Las circunstancias tan singulares que rodearon la partida de D. Agustín entre nosotros nos estimulan más en la fe y nos animan a continuar su obra, muy unidos al Sr. Arzobispo y Gran Canciller de esta Universidad, D. Carlos Osoro Sierra, buscando con él, como aprendimos de D. Agustín, hacer la voluntad de Dios y no la nuestra, servir a la Iglesia y no servirnos de Ella, renovando nuestro empeño para que la Universidad se desviva por construir una sociedad más humana y más de Dios, a través de la docencia, la investigación y el servicio a la cultura y a los más necesitados.

Si nuestro deseo de fortalecer nuestra vocación universitaria es grande, entonces no pueden menos que ser muy bienvenidas las esenciales palabras que el Santo Padre Benedicto XVI nos dirigió a los universitarios, particularmente a los jóvenes profesores universitarios, el pasado día 19 de agosto en El Escorial, con motivo de la Jornada Mundial de la Juventud, y que van a centrar el desarrollo íntegro de esta alocución.

Benedicto XVI nos planteó desde el principio el sentido de la misión de todo profesor universitario católico en estos momentos: colaborar en la difusión de la verdad, en circunstancias no siempre fáciles. Siguiendo la máxima evangélica acerca de que son más de temer los enemigos que matan el alma que los que amenazan el cuerpo, creo que es fácil sostener que la mayor dificultad la podemos encontrar en nosotros mismos, cuando nos dejamos llevar por corrientes que erosionan el sentido más genuino de la vocación universitaria.

Benedicto XVI describía en sus palabras como se puede presentar esta vocación. Recordando sus años en la Universidad de Bonn, el Santo Padre se refería a cómo el amor por la universidad superaba las heridas de la guerra y las carencias materiales con –cito literal- “la ilusión por una actividad apasionante, el trato con colegas de las diversas disciplinas, y el deseo de responder a las inquietudes últimas y fundamentales de los alumnos”.

El Papa reconocía con alegría que en esos años vivió verdaderamente la *Universitas*, profesores y estudiantes que buscan juntos la verdad en todos los saberes, expresión que resume el sentido y hasta la definición de la Universidad.

Ara me dirigisc d'una manera directa, permeteu-m'ho, a les meues companyes i companys en el claustre de professors, per a junts preguntar-nos: ¿Desitgem viure més intensament i generosament la nostra vocació universitària? ¿Ho veiem possible? ¿Estem disposats a continuar donant els passos necessaris en esta direcció?

Estic plenament convençut que este és el nostre sentir comú, i per això m'atrevisc a abordar ara amb vosatres les ombres que hem de superar.



Volvamos sobre la expresión de Benedicto XVI: ante las heridas de la guerra, ante las carencias materiales todo lo suplía la ilusión por una actividad apasionante, el trato con colegas, el deseo de responder a las inquietudes últimas y fundamentales de los alumnos.

No dejemos de considerar que nadie sino cada uno de nosotros puede cultivar su propia ilusión por la actividad universitaria. Ser universitario es ser consciente de una enorme oportunidad que se pone en nuestras manos cada día: estar comprometidos en la creación y transmisión de conocimiento. Otras actividades civiles y docentes no tienen esta misma libertad, que estamos llamados a ejercer como deber y como derecho, y que se expresa como “libertad académica”.

La libertad académica pide de nosotros iniciativa intelectual y práctica. Los cauces formales por los que tenemos que justificar nuestra actuación y que exigen controles de calidad, no hacen sino comprobar el verdadero vigor de nuestra vocación universitaria, que no se confunde con deseos románticos, sino que expresa una verdadera determinación que siempre conjuga inteligencia y libertad.

Tenemos que estar verdaderamente alertas frente a la tentación de una mediocre autocomplacencia, que busca refugio en el sentimentalismo, la improvisación y antiformalismo para enmascarar la aversión hacia el rigor, la laboriosidad y la comunicación fiable con los estudiantes. Por el contrario, como gustaba citar Viktor Fankl de Nietzsche “quien tiene un qué, fácilmente encuentra un cómo”.

Igualmente tenemos que estar vigilantes para que las formas no ahoguen una genuina creatividad personal. La libertad académica es también libertad creativa, y nada verdaderamente significativo se ha hecho en la Universidad sin venir acompañado de un sello personal, de una entrega, de un donación personal, siempre contrastadas por la perseverancia, la tenacidad y la capacidad de sacrificio.

El verdadero enemigo de la libertad académica, me parece, no es formalismo, ni siquiera el tecnicismo o el pragmatismo. Se encuentra más bien en la falta de seriedad, o, como gustaba en señalar el discípulo de Ralph Waldo Emerson, Henry David Thoreau, el no saber lo que cuestan las cosas.

Hay un médium propio, un humus en donde específicamente se puede cultivar la libertad académica. Uno se hace verdaderamente universitario con el trato con otros universitarios, tanto en su propia comunidad como con otras comunidades universitarias. Eso lo que Benedicto XVI sintetizaba al aludir al “trato con colegas de las diversas disciplinas”. El encuentro con personas que verdaderamente rezuman amor a la Universidad es el mejor aliado para cultivar la propia vocación universitaria. Y no tengan dudas: el Santo Padre podía hablarnos así porque es uno de los nuestros, un verdadero universitario.

Són molt d'agrair les ocasions d'encontre que tenim els universitaris. Cal cuidar com un tresor les oportunitats que ens brinden les reunions que suscita el Consell d'universitats, la Conferència de rectors, les Conferències de degans, els Congressos, Simposis, Assemblees, o les pròpies reunions internes de Consell de Govern, Facultat o Departament... encara que no sempre vagen acompanyades d'un Orde del dia amb música de castanyoles.

Però també és molt convenient cultivar l'interés pel que fan els col·legues d'altres disciplines. La nostra pàgina web és un mitjà que facilita eixe interés interdisciplinari. Posar la mirada en el que fan altres col·legues amplia les nostres perspectives i ens torna a la imprescindible humilitat amb



la que accedim a la veritat: només sabem, en el millor dels casos, aspectes molt xicotets d'una porció molt reduïda del coneixement. Cap impostor més perfecte que aquell que pretén saber-ho tot de tot. Cap impostor més insuportable que aquell que pensa que només ell sap el que és autènticament important.

Així es forma la comunitat universitària, tant la majúscula, que no té fronteres, com la minúscula, la que formem nosatres. Els que hem rebut la missió de vetlar per ella, i molt especialment qui està fent ús de la paraula, tenim com a principal tasca suscitar eixe desig de cultivar la pròpia vocació en cada un dels nostres membres. Eixe bé comú és el que ha de guiar les nostres decisions, encara que de vegades pareguen entrar en col·lisió amb legítimes aspiracions personals que no acaben de trobar el seu acomodament en la lògica universitària, en el mode de fer i de pensar d'una comunitat que té una missió que no ens inventem, sinó que ens ve donada i a la que hem de servir.

El rostre més vital de la nostra vocació universitària apareix en els alumnes, les inquietuds últimes i fonamentals dels quals –assenyala el Sant Pare– hem de desitjar respondre.

Sí, hem de desitjar-ho, encara que no sempre podem fer-ho, perquè hem d'estar oberts que els joves ens facen eixes preguntes en què fa falta tota una vida per a saber respondre amb veracitat. Este desig de respondre ens impeditx que ofeguem cap tipus de pregunta, projectant sobre els nostres alumnes les ombres de la censura o de la manipulació.

A eso nos urgió verdaderamente el Santo Padre cuando se preguntaba, cito literal: “¿dónde encontrarán los jóvenes esos puntos de referencia en una sociedad quebradiza e inestable?”.

Ante la incomodidad por la pregunta radical, algunos profesores universitarios optan por reducir sus expectativas y sentenciar que su única misión es exclusivamente formar profesionales competentes y eficaces que satisfagan la demanda laboral en cada preciso momento. Otros consideran que lo único que se debe privilegiar es la mera capacidad técnica. Ambos planteamientos coinciden en comprender la educación de un modo utilitarista.

Empleabilidad y capacitación técnica son necesarias en la universidad, pero no de un modo exclusivo ni tampoco preferente. Esa censura intelectual, esa auténtica “policía del pensamiento” que sacraliza el aprendizaje de los medios y margina la consideración de los fines, no se combate con actitudes ingenuas, con romanticismos fundamentalistas, con la peligrosamente insincera vuelta al buen salvaje, que ha penetrado nuestra cultura desde la filosofía ilustrada como una especie de “salida de emergencia” ante los atascos previsibles de la complejidad de la vida moderna.

Nadie con un equilibrado sentido de la responsabilidad puede dejar de pensar que gracias a los beneficios de la profesionalización y de la técnica, la vida cotidiana de las personas del siglo XXI ha podido disfrutar de cuotas de calidad en la enseñanza, en la sanidad, en los servicios comunitarios y en la propia administración de la justicia, como no se conocían hasta ahora.

Pero esa misma mentalidad equilibrada debe dejar de reconocer que ni la técnica, ni la profesionalización han surgido porque sí, sin el concurso de seres humanos en ejercicio de su conciencia, su libertad y su capacidad de amar.



Es más, nos advertía el Papa, cuando la sola utilidad y el pragmatismo inmediato se erige como criterio principal, crecen las amenazas de los abusos de una ciencia sin límites y del totalitarismo político que no reconoce nada superior al mero cálculo de poder.

La utilidad bien entendida reclama que la Universidad no deje de suscitar en sus miembros el anhelo de algo más elevado que corresponda a todas las dimensiones que constituyen el hombre. La genuina idea de Universidad, nos señalaba Benedicto XVI, nos preserva de una visión reduccionista y sesgada de lo humano.

El Santo Padre nos ha convocado, y en esta mañana sinceramente desearía que su voz se prolongase eficazmente, a que la Universidad siga siendo “la casa donde se busca la verdad propia de la persona humana” pues “encarna un ideal que no debe desvirtuarse ni por ideologías cerradas al diálogo racional, ni por servilismos a una lógica utilitarista de simple mercado que ve al hombre como mero consumidor”.

Volgudes companyes i companys de la Universitat Catòlica de València Sant Vicent Màrtir: som nosaltres els que tenim l'honor i la responsabilitat de transmetre este ideal universitari, units a una cadena de dones i d'homes que s'han entregat a proposar i acreditar la fe davant de la intel·ligència dels homes. I només hi ha una manera de fer-ho: no sols ensenyar-lo, sinó viure-ho, encarnar-lo, com també –Seguia assenyalant-nos Benet XVI- el Logos es va encarnar per a posar la seua morada entre nosatres.

No tinguem vacil·lacions respecte d'això: el que necessiten els joves és que siguem autèntics mestres, persones obertes a la veritat total en les diferents branques del saber, persones que saben escoltar i viure en el seu interior eixe diàleg interdisciplinari, persones convençudes, sobretot, de la capacitat humana d'avançar en el camí cap a la veritat.

Quina bellesa la d'este missatge, que ens situa en la màxima dignitat i força de la nostra pròpia vocació universitària. Mirem de front els nostres joves i reconeguem en ells que la joventut és temps privilegiat per a la busca i l'encontre amb la veritat. Estiguem convençuts que esta alta aspiració és la més valuosa que podem transmetre personalment i vitalment als nostres estudiants, que va molt més enllà de les tècniques instrumentals i anònimes, de les dades funcionals.

El Papa nos anima encarecidamente a que no perdamos nunca la sensibilidad e ilusión por la verdad, la roca firme para ejercer con amplitud nuestra libertad académica. La enseñanza nunca se limita a ser una escueta comunicación de contenidos, sino que consiste en ser estímulo y fortaleza para la formación de los jóvenes, a los que hemos de comprender y querer, en los que hemos de suscitar la sed de verdad y el afán de superación que poseen en lo profundo.

Queridas compañeras y compañeros. En nuestra Iglesia en Valencia, en nuestra Universidad, esa realidad se hace vida de una manera pública que difícilmente podemos ignorar. Los primeros viernes de mes en Valencia y los segundos en distintas Vicarías episcopales, el Señor Arzobispo, que hoy nos preside, convoca a todos los jóvenes, tengan o no tengan fe, a que se pongan en presencia de la Palabra de Dios, a que contemplen la presencia real de Cristo en la eucaristía, para que Él suscite en ellos toda la grandeza de su vocación personal. Este camino ya emprendido estoy seguro que nos puede iluminar decisivamente en la comprensión y el cariño que debemos expresar de manera reconocible a nuestros jóvenes estudiantes.



El Santo Padre nos dejó dos líneas maestras para orientar de manera adecuada la libertad académica del profesor o profesora católicos. La primera consiste en considerar que el camino hacia la verdad completa compromete al ser humano por entero. Por tanto, es un camino de la inteligencia y del amor, de la razón y de la fe.

Queridas compañeras y compañeros, sólo si nos mueve el amor, avanzamos en el conocimiento de algo. Por eso llegamos a amar cada día más las disciplinas que enseñamos, el bien humano que con ellas se suscita. Sólo podemos amar algo si vemos en él también racionalidad. Nadie ama los absurdos, las arbitrariedades, las injusticias, los desatinos o las falsedades. Como la verdad y el bien están unidos, también lo están el conocimiento y el amor.

La unidad de conocimiento y amor promueven la coherencia de vida y pensamiento, la ejemplaridad que se exige a todo buen educador.

Queridas compañeras y compañeros, llegados a este punto me parece que estaréis sintiendo conmigo, lo grande que es el ideal y lo pequeño que es uno, lo débil e inconsistente que soy ante la ejemplaridad que se pide a este buen educador.

Lejos de ser esto un inconveniente, el Santo Padre nos confirmaba que por ahí va la segunda línea maestra de la libertad académica. En efecto, se nos invita a considerar que la verdad misma siempre va a estar más allá de nuestro alcance. Podemos buscarla y acercarnos a ella, pero no podemos poseerla del todo, sino que más bien es ella la que nos posee a nosotros y nos motiva.

La más genuina vida universitaria es testimonio de esta experiencia y no encontramos verdaderamente un sabio universitario que no haya sido consciente de su pequeñez, de su insignificancia. El “sólo sé que no sé nada” acompaña la mejor vida intelectual en Occidente, en previsión del virus de la soberbia y de la prepotencia. Por eso señala Benedicto XVI que en el ejercicio intelectual y docente la humildad es una virtud indispensable, que protege de la vanidad que cierra el acceso a la verdad.

Queridas compañeras y compañeros, el Santo Padre nos plantea con toda claridad que no debemos atraer a los estudiantes a nosotros mismos, que sin duda los defraudaría, sino hacia esa verdad que todos buscamos, y en donde nuestra ayuda sencilla, eficaz y silenciosa será verdaderamente liberadora para ellos y para nosotros.

Que en este nuevo curso, impulsados por las palabras del Santo Padre y por su generosidad al habérmolas dirigido en persona a los profesores universitarios que nos congregamos en la Jornada Mundial de la Juventud, volvamos siempre la mirada a Cristo, en cuyo rostro resplandece la Verdad que nos ilumina, cuyo Corazón es el Camino que lleva a la plenitud perdurable y el Caminante que camina junto a nosotros y nos sostiene con su Amor.

Que nuestra Madre Inmaculada, Trono de la Sabiduría, a la que en el día de hoy celebramos como Virgen de los Dolores, nos haga colaboradores de su Hijo, con una vida colmada de sentido y fecunda tanto en conocimiento como en fe para nuestras alumnas y nuestros alumnos.